

## *Metodología etnográfica de la historia urbana*

José Antonio FERNÁNDEZ DE ROTA  
Universidad de A Coruña

Una ciudad viva se construye en el hacer y decir de cada día. Una ciudad es obra de todos los días. Junto con ello, una ciudad es siempre un hecho histórico, con mayor o menor profundidad, distancia temporal o intensidad, pero siempre es historia. Es el lugar de la historia colectiva. De esta forma, una adecuada investigación de una ciudad, debe atender, tanto a la interacción de sus gentes y grupos, como a la importancia de la historia para sus actuales ciudadanos. No necesariamente a la historia documental de la ciudad, cuanto a las distintas formas de actualizarse la historia en la manera de vivir quienes habitan la ciudad.

Un ciudad no es el conjunto de sus edificios y calles. Una ciudad fantasma, sin habitantes, es tan sólo una evocación arqueológica. Incluso un barrio o ciudad dormitorio, difícilmente puede ser entendida como ciudad. La posibilidad de que entendamos la ciudad como algo real y definible, estriba precisamente en la posibilidad de descubrir, en primer lugar, que representa algo activamente común a una multiplicidad de personas y en segundo lugar, que existe en ella algún tipo de permanencia por encima del marco temporal de una o más generaciones. Esto último puede entenderse de ordinario como referido a los tiempos pasados o al menos como proyecto de futuro hacia las generaciones venideras. Supone en una u otra dirección —de ordinario en ambas— una espacialización de la historia. Pero su trascendencia histórica no sólo se plasma materialmente en cosas y ámbitos, sino que también incluye un nutrido ramillete de costumbres y normas. La ciudad así, puede ser vista como arquitectura moral. Debemos atender a la ciudad como componente de la vida humana, como integrada dentro de la acción social.

De esta forma, el hacer antropología de la ciudad, como ciudad, nos exige una tarea de Antropología histórica. La historia social y cultural, la historia de valores, signos y símbolos es una historia que no puede reducirse a un sucesión cronológica de tiempos homogéneos y cuantificables. Se trata de una historia cualitativa, hecha de diferentes tiempos, que son vívidos de diferentes formas y con diferentes ritmos. Nuestra aproximación metodológica hacia esta complejidad temporal, puede hacerse siguiendo distintos caminos heurísticos y puede expresarse mediante diferentes artificios. Creo que puede ayudar en un primer paso, el acercamiento hacia la historia de la ciudad como pasado, como presente y como futuro.

Veamos en primer lugar, algunas posibilidades antropológicas de nuestra atención a la historia urbana como pasado. Sobre todo si se trata de una vieja ciudad, un cierto tipo de profundidad histórica puede dotar de una especial relevancia a la contemplación y comprensión de su realidad actual. La historia pasada suele tener una importante presencia en la configuración del plano de la ciudad, en su organización social e institucional, en el revivir cíclico de las fiestas. La presencia de estos componentes históricos no es fruto de un simple encadenamiento causal ni debe ser entendida como una fijación cosista permanente. Puede ser captada mejor como *duración* en el sentido bergsoniano y braudeliano del término. Puede ser fecunda y enriquecedora, su consideración a través de secuencias culturales.

La secuencia nos permite comprobar importantes elementos de duración. Así en la parte vieja de la ciudad, encontramos la pervivencia multiseccular de los espacios comunes de plazas, calles y callejones, la presencia de puentes primordiales, el condicionante espacial del viejo casco de la muralla, la amplia explanada sin construcciones de la feria. También nos explica la existencia de algunos vacíos constructivos en amplios espacios; así por ejemplo, la presencia durante varios siglos del leprocomio<sup>1</sup>, a unos cientos de metros de la ciudad condicionaba el que no se construyese ninguna vivienda en ese espacio y tuviese que ampliarse el espacio construido en otras direcciones. Una vez suprimido el leprocomio (con frecuencia a principios del siglo XIX), se convierte en un valioso espacio relativamente céntrico que será aprovechado con nuevas e importantes construcciones. La secuencia nos permite comprobar elementos perdurables, pero al mismo tiempo nos hace reflexionar sobre la evolución y variedad de usos y funciones. Junto con ello, presenciemos la proyección sobre el espacio de valores cambiantes y nuevas cosmologías culturales, dentro de las cuales, los diferentes ámbitos pueden ser leídos como signos dotados de nuevas capacidades de significar en relación con los códigos respectivos. Toda

---

<sup>1</sup> Al menos en muchas ciudades gallegas ha sido así., ver sobre ello «Espacio y vida en la ciudad gallega», Fernández de Rota (Dir.).

esta dinámica en transformación, nos brinda ricas sugerencias de cara a la comprensión de su significado en el vivir de personas y grupos.

La historia de sus funciones se acompaña no pocas veces por ejemplo, con secuencias cambiantes en los nombres de plazas, calles y ámbitos que pueden ser entendidos en sus contextos históricos. Hay en ello también etapas de continuidad y etapas de ruptura, de naufragio de una manera de ordenar y categorizar frente a la que se abre una nueva concepción. De esta manera la permanencia, que en un primer momento parecía sólida y contundente, es entendida, a un nivel de vivencias culturales, como abierta a profundas transformaciones en nuevos contextos, en los que los hombres concretos, históricos inventan y crean, redescubren y pueden ser entendidos como protagonistas y autores de la historia.

Con ello el impacto de la historia en la actualidad, es visto de un forma menos mecánica y más complejamente humana. a la luz de estas consideraciones. Lo que podía ser entendido como simple efecto o permanencia, pasa a ser entendido como fluida duración en un segundo momento y puede ser comprendido como tradición, en un último y más íntimo momento de reflexión. El concepto de tradición duramente criticado en la ciencias históricas y sociales, puesto en entredicho ordinariamente en la Antropología, ha empezado a recuperar en los últimos años nuevos valores como concepto heurístico en la investigación socio-cultural<sup>2</sup>. La tradición debe de ser entendida como algo construido de forma activa, no como algo recibido de forma pasiva. No es posible mantener la tradición sin un continuo esfuerzo de invención.

Incluso en los aspectos más sólidamente materiales como plazas, calles, edificios, ... percibimos el esfuerzo de la actividad e invención humana que se plasma materialmente en el continuo trabajo de restauración. Toda ciudad subsiste gracias a una tarea continua de conservación y restauración que no pocas veces, en incendios y guerras, puede llegar a tener el carácter de una restauración casi total. No menos dinámico e incisivo, es el continuo empeño de restauración y transformación en la manera de dotar de funciones cambiantes y readaptar, en el conjunto de nuevos contextos y de dar sentido, en la vida de los protagonistas, a estos elementos espaciales. Pero la imagen de una tradición inventiva y activa, resulta especialmente tangible, cuando proyectamos nuestro estudio secuencial sobre normas, costumbres, fiestas y diversas celebraciones. Cada puesta en escena, es fruto no de la simple rutina, sino de

---

<sup>2</sup> Por supuesto una potentísima recuperación del concepto de tradición ha sido el realizado por la Filosofía Hermenéutica, especialmente por Gadamer. Con todo, su estudio de este tema, casi exclusivamente centrado en el campo de la interpretación de textos y en la *historia efectual* sobre ésta, parece olvidar otros aspectos de especial relevancia para la investigación en las Ciencias Sociales.

un esfuerzo representativo. Toda representación tiene necesariamente elementos innovadores. Toda representación trata de imitar con importantes cotas de originalidad, supone muchas veces un notable esfuerzo colectivo del que forma parte la disputa sobre su fidelidad a lo representado o sobre la necesidad de innovar al tiempo que se evoca el pasado. En la celebración, en la fiesta, en la costumbre y en la ejecución de la norma, su *ser* consiste en volver a ser. Si en los aspectos entendidos como más materiales, las cosas parecen suministrar una base sobre la que apoyar la práctica cultural, el ser de estas otras actividades solamente se da en la propia representación.

La recuperación del concepto de tradición, profundamente renovado, nos abre unas relevantes posibilidades metodológicas. En la tradición juega un papel muy destacado su función identificadora. A través del mantenimiento de ciertas tradiciones, un grupo social se considera, se reafirma y en realidad se constituye como un grupo con identidad colectiva propia. Es por tanto indispensable para la comprensión de lo que es una ciudad. Al mismo tiempo, esta reflexión nos ayuda a comprender lo que es la tradición: lo que es fundamental no es tanto la fidelidad de la representación o la fidelidad en el uso y en el sentido que se da a las cosas, cuanto su capacidad para que el grupo lo pueda vivenciar de alguna forma como un símbolo identitario duradero. Junto con este papel identitario, la tradición juega un doble papel normativo y legitimador. Da un marco de referencia sobre lo que las gentes deben hacer y dota al mismo tiempo de legitimidad a los que tratan de ajustarse a esa normativa. Estas tres destacadas funciones de la tradición necesitan de ordinario de una importante actividad hermenéutica. Tarea de interpretación del significado de textos y acciones en las que hay que tratar de valorar y de justificar su semejanza con los tiempos antiguos razonablemente adaptada. Así en realidad la tradición se convierte en un criterio de adaptación al cambio.

Una manera de analizar así la historia como pasado, nos proporciona sin duda una mayor comprensión de la situación actual a través de un encadenamiento de circunstancias, pero nos brinda también la analogía y contraste de épocas distintas y de actuaciones y decisiones sobre los mismos espacios que hoy día visitamos. De forma muy significativa además, nos permite introducir el momento presente en la marcha real de la historia. Es totalmente distinta nuestra consideración de la forma actual de vivir los habitantes en la ciudad, cuando consideramos el momento actual, como un momento de crisis con respecto a una vida tradicional que consideramos como una realidad estática multiseccular. El haber tomado el pulso a secuencias históricas significativas nos permite entender el presente como historia, de una forma bien distinta. Tenemos conciencia de la fuerza de ciertas constricciones espacio-materiales, tenemos conciencia de la fuerza de ciertos elementos estructurales y formales duraderos en el proceso histórico y tenemos conciencia de la notable variabili-

dad del cambio histórico, de la frecuencia de elementos críticos, de la relevancia de naufragios normativos, del continuo esfuerzo de imaginación para mantener la tradición, de la importancia de las estrategias hermenéuticas para poder mantener a lo largo del tiempo, el sentido de identidad de los elementos culturales y un sentido de identidad colectiva de los grupos urbanos como integrantes de la ciudad. La inminencia de la vida que contemplamos, su riqueza, su verismo conflictivo tienden a hacernos pensar en el momento presente como un momento crítico y excepcional. Una metodología de Antropología Histórica, como la que estoy diseñando, nos ayuda a verlo como un momento típico en la vida de la tradición, un momento con unas especiales características de inventiva en la adaptación a nuevas circunstancias humanas, de las características tradicionales definitorias de la vida de una ciudad.

Puesta la atención en el presente como historia —y más en una ciudad antigua— tomamos el pulso a las interpretaciones estratégicas de la historia; a la poetización de la historia, al uso de la historia para construir la ciudad y a las distintas autenticidades históricas en liza. Nos encontramos también sin duda —a pesar de sus múltiples analogías— con un momento o una época, como todo momento histórico, singular. Las nuevas concepciones del patrimonio cultural, el choque de las tecnologías destructivas y constructivas con el espíritu conservador y restaurador, nos ofrecen sin duda la contemplación de una nueva secuencia; una nueva manera de hacer tradición, un nuevo estilo de concebir la ciudad restaurada. Las gentes ven pasar la historia, porque la vida es historia, al mismo tiempo que hacen del pasado un bien negociable. No pocas veces un pleno municipal puede convertirse en una sofisticada y estratégica discusión de teoría histórica. Se discute sobre qué es la historia, cómo está presente la historia y cómo debemos de emplear la historia. Las elaboraciones de planes de ordenación urbana, las normativas impuestas a partir de ellos, se fundamentan en una teorización histórica, pero por contra a lo que suele suceder con las obras históricas, esta teorización histórica influye en el vivir cotidiano de las gentes. Esta teorización histórica tiene un carácter histori-técnico. Así la teorización histórica hace historia.

Nuestra manera de atender a esta presencia de la historia, puede ser intensamente polifónica. Podemos estudiar lo que piensan viejos y jóvenes, hombres o mujeres, profesionales de distintas características, gentes con distinta instrucción e ideología política, vecinos de diversos barrios, habitantes, nacidos en la ciudad, visitantes, etc. La pluralidad de perspectivas se entrecruza con la pluralidad de intereses individuales y grupales, choca con la conflictividad humana, contempla intentos de consensus, se abre a los condicionantes y consecuentes económicos, atisba la fuerza disuasoria de la constatación del poder y de la acción del poder. Vivir en una ciudad es, en mayor o menor medida, vivir en una ciudad histórica.

Si el pasado y el presente son historia, la vida de la ciudad. su identidad, su tradición se plasman en un continuo proyectar hacia el futuro. Es el futuro parte de nuestra historia y cobra un doble sentido histórico cuando en los proyectos de una vieja ciudad y de sus viejos monumentos y ámbitos, se hacen proyectos de restauración y de rehabilitación a partir de lo que se considera que es su historia, en una hermenéutica proyectiva. La historia como pasado nos hablaba también de un sin fin de proyectos. Proyectos que contemplamos desde su conocido fracaso o desde su puesta en ejecución y consecuencias de esta actividad proyectiva. Del pasado, en ciertos aspectos, sabemos más que del presente. Cuando después de una larga historia de cambios y restauraciones, nos enfrentamos en vivo, a un nuevo proyecto, nuestra óptica es sin duda distinta. Es distinta también la manera de interpretar en nuestra nueva circunstancia patrimonializadora, las posibilidades teóricas de la hermenéutica de la restauración. Las aporías de toda conservación nos ofrecen nuevas posibilidades de análisis. El proyectista puede pretender ideal e imposiblemente, recuperar el ser original, puede tratar de detener la ruina, conservando el impacto secuencial de la historia pasada sin permitirle continuar su deterioro de cara al futuro; puede intentar recuperar la idea del creador, puede pensar en salvar su funcionalidad; puede jugar con las analogías a nivel material y formal, a nivel funcional, a nivel ideal.

El antropólogo puede estudiar por una parte, la vertiente socio-económica y política del problema: los condicionantes y las implicaciones sociales de los proyectos patrimoniales son extraordinariamente complejos. Junto con ello, puede estudiar toda la vertiente cultural: su trasfondo ideológico, los diversos valores en conflicto, las formas de teorizar sobre la historia, el arte de evocar pasados por sistemas analógicos, el peso de los símbolos, etc. Es un campo de investigación relativamente virgen y con una importante conexión con los problemas prácticos de las gentes de hoy día.

A lo largo de todo este proceso de análisis, hemos hecho referencia a distintos tiempos históricos. Hemos insinuado también la existencia de diversas historias sobre la ciudad. Es de gran utilidad analítica, distinguir entre la historia hecha a partir de documentos, con un esfuerzo investigador por descubrir la verdad del pasado, de lo que es la historia vivida. La historia vivida suele tener unas características muy distintas y es además el punto de partida y el referente analógico que le sirve al historiador para entender sus documentos. Proyectado sobre una pequeña ciudad, nos ofrece una importante variedad de situaciones hermenéuticas del narrador de la historia y de su manera de trabajar y de elaborar los datos. Todo ello se plasma en historias locales y escritos diversos y suele tener una especial resonancia en la prensa local. Forma parte del discurso de los políticos y de las propuestas, críticas o sugerencias de muchos de sus habitantes. Junto con este binomio, podemos distinguir

también frente a la historia documental o historia con pretensiones científico-críticas, la manera como entienden o piensan su historia muchos de sus habitantes: lo que algunos han llamado la etno-etnohistoria<sup>3</sup> que es evidentemente de extraordinaria importancia a la hora de analizar las circunstancias actuales. No va a ser nuestra preocupación principal la posibilidad de verificación de sus afirmaciones, sino la importancia que ese tipo de planteamientos o convicciones tienen en el juego de relaciones sociales y en su manera de concebir y proyectar la ciudad. Con ello, el papel de la memoria colectiva nos brinda caminos de penetración comprensiva.

Atendiendo a nuestras fuentes de datos, como he insinuado, la prensa local suministra una apoyatura documental de extraordinaria relevancia. De ordinario, incluso en pequeñas ciudades o villas, puede encontrarse una notable abundancia de publicaciones periódicas en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del siglo XX. En las décadas siguientes no es raro en pequeñas poblaciones, encontrar espacios vacíos de prensa. Estos pueden ser en parte compensados, con las secciones comarcales de los periódicos de capitales o ciudades importantes. Los últimos años vuelven a ofrecer una recuperación de la prensa local con publicaciones hechas por asociaciones de comerciantes u otras asociaciones locales, grupos de periodistas jóvenes... Esta información local escrita, se completa con programas o folletos de fiestas, carteles anunciadores y otras pequeñas publicaciones. Por último, pueden encontrarse artículos, libros, trabajos escritos a nivel local de tipo histórico-etnográfico, descripciones y narraciones literarias, ...

De esta manera, tenemos una extraordinaria riqueza de datos documentales de los 130 últimos años. Esta recogida de datos puede completarse de forma bien relevante con las aportaciones de datos que conservan muchas familias y completan los recogidos en archivos, asociaciones o instituciones oficiales. Son sin duda, de extraordinario valor muchas veces, las fotografías antiguas, dibujos o cuadros, cartas y escritos familiares y otros diversos materiales. Todo este conjunto de textos, objetos, material gráfico entra en diálogo con los recuerdos, en las conversaciones de nuestros informantes de diferentes grupos de edad. El mundo de referentes pretéritos que lo uno y lo otro nos ofrecen, tiene su eco en nuestra directa observación de los espacios, ámbitos, rincones, edificios, elementos decorativos, etc. que ellos evocan y que podemos comprobar directamente. Las pautas de conducta, costumbres, etc. entran también en contraste o comprobación con las maneras de hacer actuales que podemos también observar de forma directa. Así, esta secuencia cercana, de

<sup>3</sup> En concreto Terence Turner (1988), lo usa para distinguirlo del viejo término de etnohistoria, destacando el carácter «etno», referido a la manera de entender los nativos su propia historia.

más de un siglo, puede convertirse en un laboratorio de análisis etnográfico lleno de posibilidades. Todo aquello que la gente recuerda y cómo lo recuerda, en contraste con los documentos elaborados en aquel tiempo, la detección de amnesias colectivas de determinados grupos, las hipérbolas, los eufemismos, justificaciones o suavizaciones de lo descrito, nos permiten descubrir multitud de pliegues del significado, muchas veces iluminadores.

La temática que nos permiten abordar es muy variada. Toda la estructura espacial de la ciudad con sus barrios, plazas, calles recibe multitud de referencias clarificadoras. El ciclo festivo es resaltado en multitud de ocasiones y es fácil encontrar largas descripciones e incluso análisis de muchas de ellas. La vida política queda reflejada con un especial vigor y gracejo; no pocas veces los periódicos son órganos de algún grupo político y contienden entre ellos, lo que permiten captar diversas perspectivas de un mismo acontecimiento y ver cómo se autodescriben y caricaturizan a la parte contraria. Los problemas y proyectos adquieren también así, un especial relieve junto con la validez de sus pronósticos y esperanzas de cara al futuro. A través de sus páginas descubrimos: la jerarquía social y su manera de manifestarse y plasmarse, el contraste de valores hegemónicos entre distintos grupos y entre épocas diversas, las imágenes de la propia ciudad en contraste con otras, con descripciones, estereotipos, apologías, quejas y victimismo, símbolos de la identidad... el contraste de la ciudad con la ruralía y la manera de presentar y definir a cada una de ellas.

Si es especialmente rica en posibilidades la contemplación secuencial de los 130 últimos años, el lanzarse documentalmente hacia épocas más remotas, supone de ordinario, un atractivo especial y puede suministrarlos importantes materiales en alguno de los aspectos antes reseñados, la duración de estructuras, funciones, significados, iniciativas, cambios, decisiones y también la analogía y el contraste. Así por ejemplo, las normas municipales en su evolución de 300 ó 400 años pueden sugerirnos una evolución de valores como la limpieza y orden urbanos, la seguridad ciudadana, el concepto de jerarquías sociales, los valores de diferentes espacios y su relación que nos permiten un relieve comprensivo de gran importancia.

Caben ciertamente muy diversos enfoques en la manera de hacer etnografía de la historia de una ciudad. He presentado un esquema de posibilidades metodológicas y conceptos organizativos de la investigación. Creo que el estilo antropológico se mueve con especial soltura en lo local. Su tradición investigadora abre un cúmulo de posibilidades reflexivas, que resultan más difíciles en su metodología, cuando se abre a horizontes más generales, en los que las personas forman número, en amplias masas. El antropólogo respira también a sus anchas y ejerce sus artes tradicionales, cuando dentro de la ciudad, atiende a la vida cotidiana. Ahí puede centrar la fuerza de su observación, conversación y



posterior descripción, dando vigor a aspectos hondamente existenciales del vivir humano. El antropólogo se centra en la vida humana actual, en la vida que sigue viviendo, en las personas con las que se puede convivir y dialogar. Es a partir de esta experiencia inmediata, como el antropólogo formula y reformula sus preguntas; es a partir de estas preguntas, descubiertas en el diálogo, como el antropólogo despierta su inquietud hacia épocas precedentes. Es la historia en dirección inversa, desde el presente hacia el pasado, donde el presente nos enseña a entender el pasado, donde cobramos plena conciencia de nuestra real situación hermenéutica, desde la que hacemos historia y que nos permite avanzar en pequeños peldaños hacia épocas pretéritas. Es además, en estos trayectos secuenciales, relativamente cortos, donde el significado resplandece con especial brillo. Un significado que se construye en el ir y venir entre el pasado y el presente. Sin distensión temporal difícilmente lo captamos. Es también en esta reducida secuencia temporal, y gracias a hacerla temporal e histórica, donde descubrimos y presentamos al hombre como autor.

Es así como podemos captar lo que de común y de unidad, en la vida de múltiples personas, tiene una ciudad. Es una unidad dinámica hecha de entrecuchar de fragmentos y discurrir de temporalidades. Nada más lejos de la unidad social, que la simple homogeneidad. Una ciudad viva está siempre fragmentada en barrios y ámbitos menores. Sin la distinción de espacios, sin la rivalidad y el contraste de espacios sociales en interacción, no podríamos hablar de su unidad. La pequeña ciudad parece resumirse en su centro simbólico y en sus fiestas globalizadoras, para romperse continuamente hecha pedazos periféricos o convertir sitios y momentos periféricos en circunstancialmente centrales. Son también los estratos sociales, los grupos profesionales, las asociaciones religiosas, políticas y culturales, sus enfrentamientos y estrategias, las que hacen vida colectiva. Hay eso sí que encontrar felices consensus puntuales y espacios y tiempos colectivos. Dirán los arquitectos que la historia de la ciudad es la historia de sus expropiaciones. Es sin duda la expropiación, la forma de convertir espacios privados en públicos y comunes, una actividad central del proceso urbano. La óptica del antropólogo, con todo, suele ser más sutil y descubre una actividad «expropiadora» en multitud de costumbres. Hay espacios privados, como pequeñas bodegas familiares que brindan el vino de la casa, que se convierten temporalmente en lugares comunes de encuentro. Las hogueras de San Juan brindan espacios de encuentro común y son capaces de ofertar en algunos sitios, la participación de cada vecino en el conjunto, encendiendo pequeñas hogueras en la puerta de cada casa. Las fiestas de barrio y su reflejo en la comida típica, que cada casa debe preparar familiarmente, nos relacionan también el ámbito público con el privado. Igualmente multitud de procesiones y fiestas, con sus objetos sagrados, multiplican —en movimiento y en el tiempo— la relación colectiva de los vecinos, la capacidad de encontrar una simbólica co-

mún y producen muchas veces la participación del espacio común en el interior de cada vivienda, que dentro de sus paredes, oculta a la vista de sus convecinos, se ha abierto simbólicamente a la colectividad. Otros muchos ejemplos nos podrían hablar de la manera de actuar de estas «expropiaciones» simbólicas, formas de abrir lo privado a lo público o de insertar la colectividad en lo privado, maneras de mover los cuerpos de la gente, aunándolos o haciéndoles recorrer en procesión, itinerarios significativos. Todo ello nos permite descubrir la fuerza colectiva de la ciudad y la manera cómo condiciona y motiva a individuos y grupos sociales, para actuar con referencia a una colectividad. Y todo ello cobra una profundidad argumental, una transparencia de valor y de sentido especial, cuando somos capaces de descubrirlo a través de secuencias históricas, mirando desde el presente hacia atrás. Nuestras preguntas hechas a partir del diálogo, discurren a través de respuestas diacrónicas para volver, cargados de pasado, a dialogar con la vida presente.

He destacado nuestro entusiasmo y predilección por lo local. Sin embargo la ambición del antropólogo es descubrir el universo en un átomo. Dentro de cada hombre, se esconde el hombre, dentro de cada grupo humano, el grupo humano, dentro de cada ciudad, la ciudad. Evidentemente las semejanzas entre multitud de viejas ciudades, al menos europeas, pueden ser sorprendentes. Nuestra preocupación por la globalización cultural, queda pálida, cuando constatamos que en una misma época histórica, en amplias áreas geográficas, todas las iglesias pueden considerarse románicas, con multitud de elementos globalizados o regionalizados. En la estructura de la ciudad de origen medieval, tenemos que descubrir y descubriremos la explanada del campo de la feria. Normalmente la ciudad estará al lado del río y podemos encontrar al otro lado su arrabal. Normalmente las calles tendrán nombres de oficios traducidos a diferentes idiomas, pero que significan casi exactamente lo mismo. Murallas, puertas, puentes, hospitales, conventos, ayuntamientos, etc. repiten —con ciertas variedades formales— categorías organizativas extraordinariamente semejantes. Los distintos siglos posteriores nos brindan ejemplos de semejante globalización regional. Las ciudades pequeñas y secundarias imitan a las ciudades capitales. Las capitales provincianas a las grandes capitales y éstas a las ciudades innovadoras de moda. La transformación de los nombres descriptivos del callejero en nombres ideológicos o que evocan determinados tipos de personajes, se hace en la mayor parte de Europa de forma simultánea. Los ensanches o derrumbes de partes importantes de la muralla para facilitar el tráfico y modernizar la estructura viaria, se producirán también en épocas bien cercanas. En muchos aspectos, la historia de una ciudad europea parece ser la historia de las ciudades europeas.

Es importante ser consciente de la globalidad de estos movimientos, pero también saber descubrir al mismo tiempo, la manera de hacerlo concreto, úni-

co, en ciertos aspectos original, a través de las estrategias humanas e invención de soluciones —en el fondo novedosas— de los concretos autores humanos. Nuestro amor por lo local no puede ignorar el horizonte más amplio dentro del cual tiene vida; horizonte que posibilita, impulsa, condiciona, pero nunca determina de forma mecánica. Nuestra atención a una ciudad concreta asume la dinámica de la real creación del hombre social en la historia. Sin ello, la historia, vista como una abstracción sintética sería irreal. Por eso, el tomar el pulso a una ciudad como ejemplo, constituye una manera necesaria de entender mejor el conjunto.

Nuestra ciudad, estudiada con el amor por lo único, nos refleja no sólo Europa, sino multitud de vitales problemas que de una forma u otra un grupo humano, concentrado en un reducido espacio se suele plantear. Es ahí donde la inquietud teórica del antropólogo descubre que difícilmente puede hablar de los más hondos veneros universales, sin centrarse, como ejemplo, para ello, en lo local. Es esta la última ambición de una Antropología Urbana.

## BIBLIOGRAFÍA

- CÁTEDRA, M. (1997): *Un Santo para una ciudad*. Barcelona: Ariel.
- COUCEIRO, E. (1993): «Galegos e portugueses en Tui» en *Lindeiros da Galeguidade II*. Santiago de Compostela: Consello da Cultura Galega.
- FERNÁNDEZ DE ROTA Y MONTER, J. A. (1987): *Gallegos ante un espejo. Imaginación antropológica en la historia*. A Coruña: Ed. do Castro.
- (2000): «Imaginación en la Tradición: Betanzos 1900-2000» en *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*. Año LII. N° 77 Curso Académico 1999- 2000.
- FERNÁNDEZ DE ROTA Y MONTER, J. A. (1992): *Espacio y vida en la ciudad gallega. Un enfoque antropológico*. A Coruña: Universidade de A Coruña.
- e IRIMIA FERNÁNDEZ, M.<sup>a</sup> (2000): *Betanzos frente a su historia: Sociedad y Patrimonio*. Santiago de Compostela: Fundación Caixa-Galicia.
- GADAMER, H. G. (1977): *Verdad y Método*. Salamanca: Ed. Sígueme.
- GÁRATE CASTRO, L. A. (1998): *Los sitios de la identidad*. A Coruña: Universidad de A Coruña.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, J.A. Coord. (2000): «Granada. Sociogénesis de una ciudad» en *Revista Demófilo* N° 35. Tercer trimestre del 2000. Fundación Machado.
- GMELCH, G. & ZENNER, W. P. (1988): *Urban Life. Readings in Urban Anthropology*. Illinois: Waveland Press.
- HANNERZ, U. (1986): *Exploración de la ciudad*. Méjico: Fondo de Cultura Económica.
- HEELAS, P., LASH, S. & MORRIS, P., eds. (1996): *Detraditionalization*. Oxford: Blackwell.
- HERZFELD, M. (1991): *A place in History. Social and Monumental Time in a Cretan Town*. Princeton: Princeton University Press.

- HOLSTON, J. ed. (1999): *Cities and Citizenship*. Durhan: Duke University Press.
- LISÓN TOLOSANA, C. (1983), *Belmonte de los Caballeros*. Princeton: Princeton University Press.
- MAIRAL BUIL, G. (1995): *Antropología de una ciudad. Barbastro*. Zaragoza: Instituto Aragonés de Antropología.
- (2000): «Una exploración etnográfica del espacio urbano» en *Revista de Antropología Social* N° 9.
- MONCÓ, B. (2000): «Antropología e Historia: un diálogo interdisciplinar» en *Revista de Antropología Social*. N° 9.
- ROSSI, A. (1982): *La arquitectura de la ciudad*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili. (7ª ed.)
- ROTENBERG, R. & McDONOGH, G. (1993): *The cultural meaning of Urban Space*. Connecticut: B & Garvey.
- SINGER, M. (1991): *Semiotics of Cities, Selves, and Cultures*. New York: Mouton de Gruyter.
- TONKIN, E., McDONALD, M. & CHAPMAN, M., ed. (1989), *History and Ethnicity*. London: Routledge.
- TURNER, T. (1988): «Ethno-Ethnohistory: Myth and History in Native South American Representations of Contact with Western Society» en HILL, J. D. (Ed.) *Rethinking History and Myth*. Chicago: University of Illinois Press.
- VARIOS. (1993): *Urban Anthropology and Studies of Cultural Systems and World Economic Development*. Volume 22, Numbers 1-2 . Spring and Summer.
- (1994): *City & Society*. Society for Urban Anthropology.

## RESUMEN

Se propone una metodología de estudio antropológico de la ciudad. La ciudad tiene realidad en la medida en que ejerce un influjo significativo en la vida de los ciudadanos y manifiesta una permanencia por encima de las generaciones. La ciudad es vista como una espacialización de la Historia. El método incluye el estudio de secuencias de construcción cultural de la ciudad, la tradición y reinterpretación de la identidad y los proyectos de futuro en los que también se hace presente la Historia.

## ABSTRACT

The paper offers a methodology of anthropological research of a town. The town is real in the measure that is influential in the life of citizens and is permanent through generations. The town is understood like a spacialization of History. The methodology includes the study of secuencias of town cultural building, the tradition and interpretation of identity and the projects of future in which is present the History.